

causa de la batalla ó por el suplicio del fuego. Pero aún vivían de aquellos valientes más de seiscientos hombres como ningún rey los había tenido.

Los que desde lejos espiaban á los extranjeros, habían visto algunos de ellos que vivían los príncipes y su gente, á pesar de cuantos tormentos les habían inferido para que murieran. Se los veía andar por el palacio sin el menor daño.

Dijeron á Crimilda que muchos vivían todavía. « No puede ser », contestó la reina, « que uno solo se haya librado de las llamas. Mejor creo que todos han muerto. »

Bien hubieran querido los príncipes y sus hombres escapar de aquella angustia, si les acordaran misericordia, pero no la hallaron en ninguno de los del Huneland. Vengaron sus muertes con terribles manos.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, comenzaron los ataques; los héroes se encontraron en gran peligro. Les arrojaron fuertes lanzas, pero supieron defenderse de una manera terrible aquellos bravos y valerosos guerreros.

Los guerreros de Etzel se hallaban muy encolerizados; ellos querían ganar el oro rojo y los regalos que habían prometido, así como también cumplir las órdenes que el rey había dado, por lo que murieron muchos.

Acudió hacia la puerta un gran número de guerreros y el músico dijo: « Aquí estamos. Nunca ví guerreros que acudieran tan presurosos al combate como los que por matarnos han recibido el oro del rey. »

Muchos de ellos contestaron: « ¡ Al combate! Ya es tiempo de que concluyamos; aquí no morirá ninguno que no deba morir. » Inmediatamente se vieron las javalinas llover sobre los escudos.

¿ Qué más podré decir? Más de mil doscientos hombres los asaltaron por todas partes. Los extranjeros saciaron su encono hiriendo á los enemigos. Nadie podía poner paz entre ellos y la sangre corrió á torrentes,

por las mortales heridas. Se escuchaba como cada uno llamaba á sus amigos. Todos los valientes y ricos reyes fueron muertos: los parientes que los amaban, sintieron amarguísima pena.

XXXVII.

DE COMO FUÉ MUERTO RUDIGUERO.

Los extranjeros habían combatido bien aquella mañana. El esposo de Gotelinda llegó á la corte y vió por todas partes una horrible carnicería. Interiormente lloró el fiel Rudigüero.

« ¡ Oh, desgraciado de mí, por qué he nacido! » exclamó el guerrero, « y por qué nadie ha podido evitar tan grandes desgracias. Intervendría para hacer la paz, pero el rey se negará; pues cada vez son mayores y más fuertes sus pérdidas. »

El buen Rudigüero envió á Dietrich para ver si podía vencer la cólera del altivo rey. El de Berna le hizo contestar: « ¿ Quién podrá contenerlo ya? El rey Etzel no quiere que se interponga nadie. »

Un guerrero Huno, viendo allí á Rudigüero con los ojos llenos de lágrimas, de las que había vertido muchas, dijo á la reina: « Ved como permanece quieto el que puede más cerca de Etzel. »

« Y á quien está sometido el país y la gente. ¡ Cómo ha obtenido tantas ciudades Rudigüero, sino por la generosidad del rey! En este combate aun no ha descargado un solo tajo. »

« Pienso que se preocupa muy poco de lo que aquí ocurre, después que ha conseguido todo lo que deseaba. Dicen que es más fuerte que ningún otro, pero en esta ocasión no lo parece. »

Con triste cólera escuchó el fidelísimo guerrero este discurso, y mirando de frente al Huno, pensó: « Ya me

las pagarás; ¡dices que soy cobarde! Muy alto has dicho esa palabra aquí en la corte.»

Y apretando los puños se dirigió contra él, hiriéndole con tanta fuerza, que el guerrero Huno cayó muerto á sus piés. Con esto se aumentó la cólera del rey Etzel.

«Fuera de aquí, fanfarrón», exclamó Rudiguero, «bastantes penas y dolores estoy sufriendo para que me reproches que no lucho. Cierito es que con razón debía sentir odio hacia esos extranjeros.»

«Yo les hubiera hecho todo el mal posible, sino fuera el que hasta aquí ha traído á Gunter y su acompañamiento. Yo he sido su guía en el país de mi señor. Por esto mi brazo infortunado no debe atacarlos.»

Así dijo al margrave el altivo rey Etzel: «¿Es así como me ayudáis, noble Rudiguero? Teníamos ya tantos muertos en este país, que no era menester aumentar el número: no habéis obrado rectamente.»

El noble caballero respondió: «Insulté mi valor y me reprochó los honores y los bienes que como obsequio recibí de vuestras manos; por esto al mentiroso le ha ocurrido esa desgracia.»

Llegó allí la reina que había visto la cólera con que el guerrero había herido al Huno. Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo á Rudiguero: «¿Cómo hemos merecido,

ni yo ni el rey que aumentes nuestra aflicción? Siempre nos has dicho noble Rudiguero que por nosotros espondrías vida y honor; escucho que todos los guerreros te aprecian mas que á nosotros.»

«Te recuerdo la fidelidad que me juró tu mano cuando me aconsejastes que tomara á Etzel por esposo, digno caballero, y que me ofrecistes servirme hasta la muerte de uno de los dos. Yo pobre mujer no me he encontrado nunca en tan amarga desgracia.»

«Verdad es, reina, que os juré dedicaros vida y honor; pero no juré perder mi alma, y yo he sido quien trajo á esta fiesta á los elevados príncipes.»

Ella respondió: «Acuérdate de tu juramento, Rudiguero, de tu fidelidad y de la constancia que prometistes en vengar mis ofensas.» El margrave contestó: «Yo no os negué nunca ningún servicio.»

Etzel el rico suplicó también, y ambos se arrodillaron á los piés del guerrero. Se veía conmovido al buen margrave, y el distinguido caballero dijo de este modo:

«¡Oh desgraciado de mí que he vivido hasta este día; menester es que me deshonne y que falte á mi fidelidad y á las virtudes que Dios me manda! ¡oh Señor del cielo, porque no soy presa de la muerte!

«Cualquiera que sea el partido que escoja ó que desheche, siempre habré obrado mal, y que lo tome ó lo deje, todo el mundo me lo reprochará. ¡Quiera iluminarme el que me ha concedido la vida!»

Con instancia le suplicaron el rey y su esposa, y fué causa de que muchos guerreros fueran muertos por Rudiguero y de que el héroe mismo pereciera. Diremos ahora como ocurrió la sensible desgracia.

Sabia que no le podían ocurrir más que penas y aflicciones. Él hubiera abandonado con gusto al rey y á la reina, pues temía que si mataba á un héroe, todo el mundo se lo había de reprochar.

Aquel fuerte hombre dijo al rey: «Señor Etzel, recojed todo lo que de vos he recibido, tierras y ciudades; prefiero ir descalzo por extraños países.

«Quitadme todos mis bienes, abandonaré vuestro país y con mi esposa y mi hija de la mano, prefiero morir que faltar á mi buena fé; obré mal aceptando vuestro oro rojo.»

El rey Etzel contestó: «¿Quién me ayudará? Te daré mi reino con los que lo habitan, Rudiguero, si me vengas de mis enemigos; serás al lado de Etzel un poderoso rey.»

Rudiguero le respondió: «¿Cómo entrar en el combate? Los invité á hospedarse en mi casa, y amistosamente les di de comer y beber haciéndoles además regalos; ¿hé de contribuir yo á la muerte de ellos?

«La gente podrá creer que soy cobarde, pero nunca negué mis servicios á esos príncipes y á los que los acompañan. Me arrepiento de la alianza que con ellos hice.

«A Geiselher el héroe di mi hija; en la tierra no podía estar mejor casada, si se atiende á las virtudes y al honor, á la lealtad y á los bienes.»

Crimilda dijo entonces: «Muy noble Rudigüero, apiádate de mi aflicción y de la del rey; piensa que nunca en la tierra un rey recibió huéspedes tan terribles.»

El margrave contestó á la reina: «Hoy debe pagar con la vida Rudigüero lo que vuestra afeción y la del rey le han concedido: menester es que muera, esto no puede durar mucho.

«Sé que hoy mis ciudades y mis campos quedarán sin señor por la mano de esos héroes. Recomiendo á vuestra bondad mi mujer y mi hija, y los muchos expatriados que quedan en Bechlaren.»

«Que Dios te lo pague, Rudigüero,» le dijo el rey que lo mismo que la reina se sentían contentos. «Nosotros cuidaremos de tu gente, pero tengo fé en mi fortuna; tú te salvarás.»

Él se lanzó á exponer su alma y su cuerpo. La esposa del rey Etzel rompió á llorar por lo que él le dijo: «Yo debo cumplir lo que os juré; ¡oh amigos míos! voy á luchar bien á mi despecho.»

Lo vieron separarse del rey muy afligido. Fué cerca de allí donde estaban sus guerreros y les dijo: «Menester es que os arméis mis fieles, á pesar mío tengo que atacar á los Borgoñones.»

Los guerreros mandaron que fueran á buscar sus armas, y los de su acompañamiento; les trajeron los yelmos y los escudos. Esta triste noticia la supieron pronto los fieros extranjeros.

Se habían armado Rudigüero y quinientos de sus hombres; además iban con él doce guerreros que querían conseguir el premio de valor en el combate; no sabían que la muerte estaba muy cerca.

Se vió al margrave cubierto con el yelmo; aceradas espadas llevaban la gente de Rudigüero y embrazaban anchos y brillantes escudos. El músico los vió y sintió amarga pena.

El joven Geiselher vió venir á su suegro con el casco ceñido. ¿Cómo podría él suponer que no iba con buena intención? El noble rey sintió alegría en el corazón.

«¡Felices nosotros, amigos míos!» exclamó Geiselher,

«que en el camino habemos conquistado buenos amigos. Por mi esposa conseguimos socorro: estoy contento por mi fé, del matrimonio que hice.»

«¡Qué os alegra!» dijo el músico; «¿cuando habéis visto que vengan con intenciones de paz los guerreros con el casco ceñido y la espada en la mano? El quiere acrecentar á nuestra costa sus ciudades y sus campos.»

Antes que el músico hubiera terminado su discurso, el noble margrave estaba ante el palacio. Puso su buen escudo á sus piés; no podía ofrecer sus servicios ni saludar á sus amigos.

El noble Rudigüero dijo dirigiéndose á la sala: «Ahora, fuertes Nibelungos, es menester que os defendáis. Tenéis que rechazar mis ataques cuando debíais contar con mi amistad; es menester que la alianza se rompa.»

Esta terrible noticia abatió á los fuertes, pues ninguno pensaba que en su vida tendrían que combatir contra el que les había sido tan fiel.

«Quiera Dios del cielo» exclamó Gunter el héroe, «que tengáis aún misericordia, y nos manifestéis la buena fé de que hacíais gala; confío en vos y no haréis lo que habéis dicho.»

«No puedo hacer otra cosa,» contestó el fuerte guerrero, «debo combatirlos como he prometido. Defended vuestras vidas héroes valerosos si os es cara, pues la esposa del rey Etzel no quiere librarme de esto.»

«Tarde nos provocáis,» le replicó el altivo rey. «Dios os recompensará, muy noble Rudigüero, si conserváis algo del afecto con que nos habéis tratado y lo demostráis hasta el fin.

«Si nos hacéis gracia, yo y mis amigos os serviremos toda la vida; acuérdate de los regalos que nos hicísteis cuando nos guiabas al país del rey Etzel, noble Rudigüero.»

«¡Bien quisiera hacerlo!» le respondió el héroe, «y que os pudiera dar más grandes regalos, como tenía esperanza de hacerlo; entonces no tenía que sufrir ningún reproche de la noble reina.»

«Detente, noble Rudigüero» le dijo entonces Gernot;

«ningún príncipe recibió más amistosamente á los extranjeros que tú nos recibisteis. Si vivimos te daremos la recompensa.»

«Quisiera Dios», respondió Rudigüero, «que vos estuvierais en el Rhin y yo muerto. Así habría conservado mi honor y no tendría que combatirlos.» Nunca los guerreros han sido tan mal tratados por sus amigos.

«Que Dios os recompense, señor Rudigüero, vuestros ricos regalos» le contestó enseguida Gernot. «Me causaría pena vuestra muerte, por las grandes virtudes que con vos perecerían. Aquí tengo vuestra espada la que me habéis regalado, buen guerrero.

«En esta desgracia no se ha separado de mí, y su filo ha dado muerte á muchos guerreros. Es fuerte y bien templada, brillante y buena; pienso que un guerrero no hará nunca mejor regalo.

«Si no queréis renunciar á vuestro propósito, y uno de los amigos que aquí tengo es herido por vos, con vuestra espada, os quitaré la vida; lo sentiré tanto, Rudigüero, como vuestra esposa.»

«Quiera Dios, señor Gernot, que así suceda, que en todo se cumpla vuestra voluntad, y que vuestro amigo conserve la vida; yo os confiaré á mi esposa y á mi hija.»

Así respondió el Borgoñón hijo de la hermosa Uta. «¿Por qué obráis así, señor Rudigüero? Los que están conmigo os quieren, mal hacéis atacándonos; vais á dejar viuda á vuestra hermosa hija.»

«Si vos y vuestros guerreros empeñan el combate en contra nuestra, me pagaréis mal la confianza que tuve en vos, mejor que en ningún otro hombre, cuando os pedí á vuestra hija por esposa.»

«Recordad vuestro juramento», dijo Rudigüero, «y si Dios os saca de aquí, muy noble rey, que mi hija no padezca por causa mía; hacedlo así por vuestras elevadas virtudes.»

«Así lo haré», contestó el joven Geiselher, «pero si mis ilustres parientes y los que están con nosotros en la sala tienen que morir, se romperá la alianza con vos y con vuestra hija.»

«Dios tenga piedad», dijo el fuerte guerrero. Levantó el escudo y todos hicieron lo mismo para atacar á los extranjeros en la sala de Crimilda. Hagen gritó desde la escalera:

«Detente un momento, muy noble Rudigüero, aun no os hemos dicho ni yo ni mis señores cual es nuestra desgracia. ¿Qué ventaja será para Etzel la muerte de estos extranjeros?»

«Estoy en gran cuidado», añadió Hagen, «porque el escudo que la señora Gotelinda me había regalado, lo han agujereado los Hunos en mi brazo: amistosamente lo había llevado en el país de Etzel.»

«Quiera Dios del cielo concederme un escudo tan bueno como el que ahora embrazáis, muy noble Rudigüero; si lo tuviera, no me sería necesario en el combate llevar casco.»

«Bien quisiera regalaros mi escudo si me atreviera á hacerlo en presencia de Crimilda. No importa, tomadlo Hagen y ceñidlo á vuestro brazo: ¡Oh! ¡así podáis llevarlo á Borgoña!»

Cuando lo vieron ofrecer generosamente su escudo, los ojos de muchos vertieron ardientes lágrimas. Fué su último regalo; despues Rudigüero de Bechlaren no regaló nada á ningún guerrero.

Por furioso y colérico que estuviera Hagen, se conmovió al recibir el regalo que le hacía aquel buen guerrero, tan próximo á su fin. Muchos nobles caballeros lloraron con él.

«Dios os lo recompense, muy noble Rudigüero. Nunca tendréis semejante, que haga á los guerreros tan magníficos regalos. Dios permitirá que vuestra virtud sea eterna.»

«Esta noticia ha aumentado mi desgracia», añadió Hagen, «habíamos sufrido ya grandes pesares y me quejo á Dios de tener que combatir con los amigos.» El margrave replicó en seguida: «Para mí es también un horrible pesar.»

«Tendré en cuenta vuestro regalo, muy noble Rudigüero; sea lo que sea lo que estos guerreros hagan en el combate, nunca os herirá mi mano aunque matarais á todos los Borgoñones.»

Al escuchar esto el buen Rudiguero, dió las gracias. La gente toda lloraba, y era una horrible pena no poder evitar aquel encuentro. Rudiguero, el padre de todas las virtudes, iba á morir.

Desde lo alto de la escalera dijo Volker el músico: « Ya que mi compañero Hagen ha hecho la paz con vos, también os respetará mi mano. Bien lo habéis merecido desde que llegamos á vuestro país. »

« Muy noble margrave, sed mi mensajero: estos rojos brazaletes me los regaló la señora Gotelinda, para que me los pusiera en esta fiesta: vedlos en mis brazos y sed testigo de ello. »

« Quisiera el Dios del cielo, dijo Rudiguero, que la margrave os pudiera regalar más. Haré saber la noticia á mi querida esposa, si la vuelvo á ver alguna vez. »

Después de esta promesa, Rudiguero con el alma inflamada levantó el escudo: sin tardar más se arrojó contra los extranjeros el héroe valeroso. Fuertes golpes descargó allí el rico margrave.

Volker y Hagen estaban lejos, según lo habían prometido aquéllos buenos héroes. Pero delante de la puerta halló tantos bravos que Rudiguero emprendió el combate con gran cuidado.

Con mortal intento lo dejaron entrar en el palacio Gernot y Gunter; lo sentían como héroes que eran. Geiselher se apartó aunque con pena, esperaba aún la dicha y no quería encontrarse en la lucha con Rudiguero.

Los hombres del margrave se lanzaron contra los enemigos siguiendo á su señor con gran valor; llevaban en las manos afiladas espadas, con las que hendieron muchos yelmos y muchos brillantes escudos.

Los fatigados guerreros dieron también á los de Bechlaren muchos violentos golpes que partiéndoles las corazas les llegaron á los huesos. En la batalla realizaron prodigios.

La noble compañía había penetrado en la sala. Volker y Hagen salieron á su encuentro sin perdonar á nadie mas que al jefe. A sus golpes la sangre brotaba de debajo de los cascos.

El choque de las espadas producía un triste ruido y á los golpes, los adornos de los escudos caían perdiéndose en la sangre. Era tan furiosa la pelea, que nunca se había visto otra semejante.

El jefe de Bechlaren saltaba de una parte á otra, deseando poner de manifiesto su valor en el combate. Aquel día Rudiguero probó que era un guerrero valiente, fuerte y digno de alabanza.

Los guerreros Gunter y Gernot, permanecían fuertes y mataron á muchos héroes en el combate. Geiselher y Dankwart no estaban lejos, y por ellos muchos vivieron su último día.

Rudiguero demostraba que era valiente, fuerte y que estaba bien armado: ¡á cuántos héroes mató! Viendo esto un Borgoñón, se sintió poseído de cólera y acordó la muerte del noble Rudiguero.

Gernot el fuerte, gritó al héroe, diciendo al margrave: « No queréis dejar escapar con vida á ninguno de mis hombres, muy noble Rudiguero. Esto me aflige mucho y no puedo tolerarlo por más tiempo. »

« Ya que me habéis privado de tan gran número de mis amigos, vuestro regalo os causará daño. Venid hacia mí, noble y fuerte hombre, haré por merecer el obsequio que me habéis hecho. »

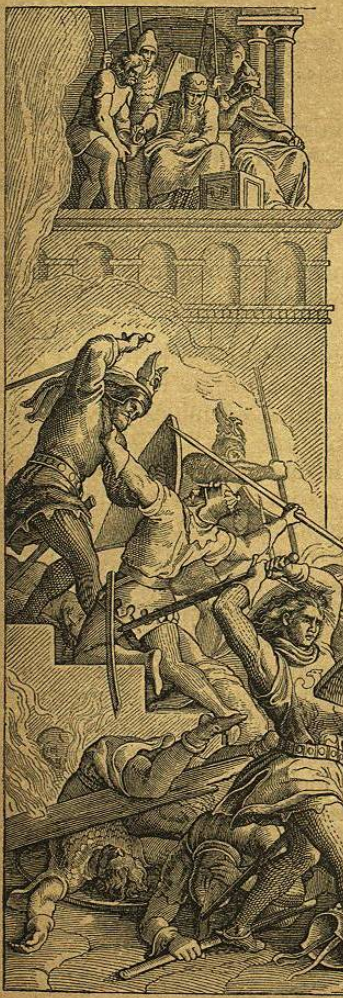
Antes que el margrave llegara á donde estaba, dejó tintos en sangre muchos brillantes arneses. Se lanzaron el uno contra el otro, parando cada cual los terribles golpes que el contrario le asestaba.

Eran tan cortantes sus espadas que nada podía detenerlas. El héroe Rudiguero hirió al rey Gernot por debajo del yelmo, y brotó la sangre á torrentes; pero se lo devolvió con aumento aquel caballero fuerte y bueno.

Esgrimió en sus manos la espada que Rudiguero le había regalado, y aunque herido de muerte, le dió tan terrible golpe que cayó sobre la celada después de partir el duro escudo. El fuerte Rudiguero tenía que morir.

Nunca tan rico regalo fué peor recompensado: herido el uno por la mano del otro, Gernot y Rudiguero cayeron en el combate. Hagen se tornó furioso al presenciar aquella catástrofe.

Así dijo el héroe de Troneja: «Nos ha sucedido una horrible desgracia, pues con estos hombres tenemos una pérdida que no compensaremos nunca, ni reparará su pueblo ni su país. Que los de Rudiguero sufran la pena.»



Ni uno ni otro bando se daban tregua: muchos que caían sin heridas, hubieran podido librarse, pero era tal el tropel, que los que no eran alcanzados, se ahogaban en la sangre.

«¡Ah! ¡mi hermano ha muerto aquí! por todas partes nos cerca la desgracia. Siempre lamentaré la pérdida del buen Rudiguero: los dos partidos pierden, y nuestra aflicción es grande.»

«¡Oh! ¡desgraciada de mí!» exclamó la reina. «No nos ha cumplido lo que dijo, y la mano de Rudiguero no ha bastado para destrozar á nuestros enemigos; los dejará que puedan volver á Borgoña.

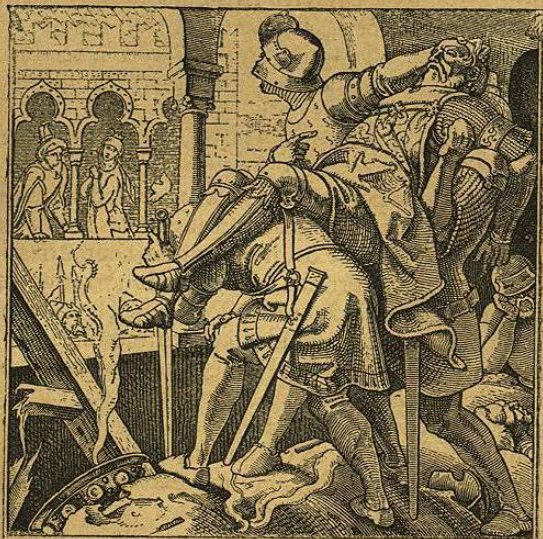
«¿De qué nos sirve, rey Etzel, que le hayamos dado todo cuanto ha querido? Él no ha obrado bien. El que debía vengarnos, quiere hacer la paz.» A estas palabras respondió Volker el audaz guerrero:

«No ha sucedido como dices, noble esposa del rey. Si me atreviera á decir que es mentirosa tan elevada señora, diría que á propósito de Rudiguero habéis dicho diabólicas mentiras. Él y sus guerreros han muerto sin proponer la paz.

«Tan fielmente ha cumplido las órdenes que el rey le ha dado, que él y su acompañamiento han muerto. Mira ahora á tu alrededor, señora Crimilda, para ver á quien das tus órdenes: hasta su fin, os ha servido el valiente Rudiguero.

«Por si no queréis creerme vais á verlo.» Entonces para causarle mayor pena, trajeron al héroe con la cabeza hendida, á sitio desde donde pudiera verlo el rey. Los hombres de Etzel no habían experimentado nunca una pena mayor.

Cuando vieron al margrave muerto, ningún escritor podrá decir ni contar como lloraron hombres y mujeres. Todos sentían el corazón destrozado.



La pena del rey Etzel era también muy grande. Semejantes á los rugidos del león eran los lamentos del rico rey, y lo mismo hacía su esposa. Muchos lloraron la muerte del buen Rudigüero.

XXXVIII.

DE COMO MURIERON TODOS LOS GUERREROS DE DIETRICH.

POR todas partes se escuchaban tan grandes lamentos que retemblaban las torres y el palacio. Lo oyó uno de los hombres de Dietrich de Berna y se apresuró á comunicar la horrible noticia.

Dijo al príncipe: « Oyeme señor Dietrich, en lo que he vivido no sentí tan grandes lamentos como los que ahora llegan á mi oído. Parece que el rey mismo ha perecido en esta fiesta.

« De otro modo ¿ cómo habían de estar todos en tan grande aflicción? El rey ó Crimilda, uno de los dos, ha muerto por la cólera de esos fuertes extranjeros. Muchos héroes soberbios lloran amargamente. »

El príncipe de Berna dijo: « Mi querido guerrero, no te precipites tanto: cuanto hayan hecho esos extranjeros ha sido obligados por la necesidad: déjales la ventaja de que esté en paz con ellos. »

El fuerte Wolfhart dijo: « Yo iré á la sala para saber noticias de lo que han hecho, y haré saber á mi querido señor cual es la causa de los lamentos que se escuchan. »

El noble Dietrich contestó: « Cuando se espera hallar la cólera, las preguntas importunas irritan al alma de los guerreros: por esto, Wolfhart, no quiero que les preguntes nada. »

Mandó á Helifrico que fuera y preguntara lo que había sucedido, fuera á los hombres de Etzel, fuera á los extranjeros. Nunca habían visto á gente tan profundamente afligida.

El mensajero llegó y preguntó: « ¿ Qué ha sucedido? »